



primeras iglesias que se levantaron despues de este gran periodo en su mayor parte son de estilo bizantino, y su forma es de un navío ó de una cruz, sobre las cuales está elevada una cúpula para indicar simbólicamente que los fieles encerrados en la nave de Pedro y en la cruz del Salvador forman un sólo cuerpo que aspira al cielo, tendido como una bóveda sobre su cabeza.

Pero luégo se desarrolló entre los pueblos germánicos una arquitectura todavía más en armonía con las íntimas disposiciones de su alma, y que fué llamada gótica, ó mejor germánica, á causa de una curvatura particular del arco, y de que más adelante darémos una descripción minuciosa. El pueblo cristiano en general deseaba con ardor las fiestas de la Iglesia: en 1229 el concilio de Tolosa hizo una larga enumeración de ellas; y el de Oxford hizo en 1222 una lista más larga aún (1), y tal, que segun ellos se consagraba la cuarta parte del año al servicio del Señor, pues la piedad de esos tiempos, extraños á los frios cálculos de los nuestros, no temía morir de hambre ni empobrecerse. El Sacramento del altar, sobre todo, vino á ser como el punto culminante de la inspiración religiosa y el centro de todo el culto, y respecto á esto, Inocencio III (2) se expresa en estos términos: «Aquí todo es misterioso: de esta única fuente emana una dulzura celestial. En la misa sirven tres lenguas: la latina, que domina en todas partes; de la griega hay estas palabras *Kirie eleison*; y pertenecen al hebreo las voces *alleluia* y *amen*; el objeto es honrar al Padre reconociendo la divinidad de Cristo, y luégo recordar las tres lenguas en que fué puesta la inscripción de la cruz.» Todos los grandes pensadores se ocuparon en este ministerio, y los más grandes maestros de la vida espiritual se esforzaron en

(1) Cf. *Harduin*, t. VII, p. 180 y 117; *Mansi*, t. XXIII. Cf. también t. XXVI, p. 417. *Durandi Rationale*, lib. VII, c. 7.

(2) Inocencio III compuso una obra muy notable sobre la Eucaristía, cuyo objeto era explicar las ceremonias de la misa; su título es: *Mysterium Missae*, lib. VI, de cuyo libro segundo, c. 33, son las palabras del texto.

despertar disposiciones convenientes en los que participaban de ella. En 1203 el cardenal Guido, legado apostólico, estableció en Colonia el uso de una campanilla para avisar á los fieles el momento de la elevación, y en las calles cuando se llevase el Viático á los enfermos (1). También entónces se pusieron en uso los tabernáculos y los viriles (*ostensoria*) para conservar y poner de manifiesto el Santísimo Sacramento.

Todas las artes rivalizaron en celo para producir pinturas acabadas, mientras que se celebraba dignamente el adorable Sacramento con himnos inspirados por el amor divino más puro á los fieles hijos de la Iglesia. En España, Bohemia y Polonia, merced á los cuidados de Gregorio VII, las liturgias mozarábica y eslavona fueron sustituidas por la liturgia romana (2), á fin de que ella fuese una prueba pública y universal de la unión de todas las Iglesias á la de San Pedro. Ya durante la época precedente un profundo sentimiento de respeto había inspirado temores sobre las profanaciones que podían originarse de la participación del cáliz; mas actualmente esta aprensión era todavía más general, y como de otra parte los escolásticos más célebres enseñaban la *concomitantia corporis et sanguinis*, á saber, que el cuerpo del Salvador estaba por entero bajo cada una especie, y por lo tanto, que se recibía la sagrada sangre con el cuerpo, el antiguo uso del cáliz se hizo cada vez ménos frecuente (3). Hugon, obispo de Lie-

(1) *Caesarius Heisterbacensis* decía hácia el año 1225: de *Miraculis et visionib. sui temporis dialog.* lib. IX, c. 51: «Tempore schismatis inter Philippum et Othon. dominus Wido cardinalis, — cum missus fuisset Coloniam (anno 1203) ad confirmandam electionem Othonis, bonam illic consuetudinem instituit; praecepit enim ut ad elevationem Hostiae omnis populus in Eccles. ad sonitum nolae veniam peteret, sicque usque ad calicis benedictionem prostratus jaceret. Praecepit etiam idem cardinalis ut, quoties deferendum esset ad infirmum, scholaris sive campanarius, sacerdotem praecedens, per nolam illud proderet, sicque omnis populus, tam in stratis quam in domibus, Christum adoraret.» Honorio III, 1217, hizo de esto una ley expresa. (*Decretal. Greg.* lib. III, tit. XLI, c. 10.)

(2) Cf. *Greg. VII*, Ep. lib. VII, ep. 11. (*Harduin*, t. VI, P. I, p. 1434.)

(3) *Alex. Halesius*, in *Sent.*, lib. IV, quaest. 53,



ja, fué el primero que manifestó ese universal sentimiento y profunda veneración hácia el adorable Sacramento del altar, cuando en 1246 instituyó una fiesta particular (*festum Corporis Christi*), fiesta que diez y ocho años despues fué autorizada y extendida por toda la Iglesia por Urbano IV y Clemente V. Este último papa hizo observar en el concilio de Viena que el

membr. 1, responde á la cuestión: «Utrum liceat sumere Corpus Christi sub specie panis tantum, etc.?» «Dicendum quod, quia Christus integre sumitur sub utraque specie, bene licet sumere Corpus Christi sub specie panis tantum, sicut fere ubique fit à laicis in Ecclesia.» La principal dificultad en contra de rehusar el cáliz consistía en que el cuerpo del Salvador, «non sacramentaliter, sed tantum ex unione naturali est sub specie vini;» y por lo mismo *sub una specie* parecía imperfecto; mas Santo Tomas de Aquino sustituyó las palabras *unio naturalis*, de Alberto Magno, por las de *concomitantia realis*, seu *naturalis*. San Buenaventura es todavía más explícito. El primero dice, *Summa*, P. III, quaest. 76, art. 1: «Omnino necesse est confiteri, secundum fidem cath., quod totus Christus (id est divinitas, anima et corpus) sit in sacramento. Sciendum tamen quod aliquid Christi est in hoc sacramento dupliciter: uno modo quasi ex vi sacramenti, alio modo ex naturali concomitantia. Ex vi quidem sacramenti sub speciebus hujus sacramenti id in quod directe convertitur substantia panis et vini praexistens, prout significatur per verba formae, quae sunt efficacia in hoc sacramento:... ex naturali autem concomitantia est in hoc sacramento illud, quod realiter est conjunctum ei, in quod praedicta conversio terminatur. Si enim aliqua duo sunt realiter conjuncta, ubicumque est unum realiter, oportet et aliud esse.—Art. 2: Sub utraque specie sacramenti totus est Christus, aliter tamen ei aliter. Nam sub speciebus panis est quidem corpus Christi ex vi sacramenti, sanguis autem ex reali concomitantia, sicut supra dictum est de anima et divinitate Christi. Sub speciebus vero vini est quidem sanguis Christi ex vi sacramenti: corpus autem Christi ex reali concomitantia. Cf. quaest. 80, art. 12; et *Bonaventura*, in *Sent.*, lib. IV, dist. II, P. II, art. 1, quaest. 2: An utraque species sit de integritate sacramenti: Responde: «Esse de integritate sacramenti dupliciter est: aut quantum ad efficaciam; et sic neutra species et de integritate, sed quaelibet est totum, quod habet efficaciam; aut quantum ad signationem vel significationem; et sic sunt de integritate, quia in neutra per se exprimitur res hujus sacramenti, sed in utraque simul.—Ideo fideles recipiunt perfectum sacramentum sub una specie, quia ad efficaciam recipiunt. Sed quantum ad signationem, sufficit quod Ecclesia facit in eorum praesentia, nec oportet quod ipsi recipiant, propter periculum effusionis et propter periculum erroris, quia non crederent simplices in altera specie totum Christum recipere.» Cf. *Gieseler*, Compendio de historia eclesiástica, t. II, P. II, p. 72-80.

Jués Santo no era día favorable para semejante solemnidad (1). La fiesta de Corpus contribuyó de una manera considerable á desarrollar las pompas del culto y concentrarlo más que nunca en el sacrificio de la misa, y para añadir un nuevo brillo, Santo Tomas de Aquino compuso el más magnífico de todos los oficios con sus incomparables himnos. Esta solemnidad era de otra parte el objeto de los votos universales, como que era, por esta representación palpable de la presencia real, una verdadera reacción contra muchas sectas que la negaban. Por el mismo tiempo se estableció la fiesta de la Inmaculada Concepción, que los canónigos de Lyon celebraron los primeros en Francia en 1140; á ella se opuso San Bernardo; mas los franciscanos la extendieron con rapidez por el pueblo, quien la adoptó con alegría. Santo Tomas de Aquino, y despues toda la orden de los dominicos, atacaron la verdad dogmática de la Inmaculada Concepción, de lo cual más tarde surgió una lucha muy viva entre ambas órdenes, lucha que exigió la intervención de los papas (2). Esta secreta inclinación de los fieles en honrar á la Virgen hizo que se adoptase la fiesta de la Visitación á instancia de San Buenaventura (3), la que fué generalizada en 1839 por Urbano VI. Finalmente, en Loreto, cerca de Ancona (4), y en Zell en Estiria, la gratitud de los pueblos y las tradiciones piadosas erigieron magníficas basílicas en honor á Maria.

(1) *Barthol. Fisen*, Origo prima festi Corp. Chr. ex viso virgini Julianae divinitus oblato, Leod., 1619, in 8.º Cf. *Bzovii*, *Annal. eccl.*, ann. 1230, núm. 16. *Acta SS.*, ed. *Bolland.*, mens. Apr., t. I, p. 437 sq. *Mansi*, t. XXIII, p. 1077. *Bullarium magn.*, Rom. ed. Lugd., 1712, t. I, p. 146. *Binterim*, *Memorias del Cristianismo*, t. V, P. I, p. 275.

(2) *Bernardi* ep. 174 ad *Canonicos Lugdun.*—La disputa entre las dos órdenes debió ganar en importancia cuando el concilio de Basilea declaró, sess. XXXVI: *Inmaculatam Conceptionem beatae Mariae Virginis tanquam sacramentum, et consonam cultui ecclesiastico, fidei catholicae, rectae rationi et sacrae Scripturae, ab omnibus catholicis approbandam fore, tenendam et amplectendam.* (*Harduin*, t. VIII, p. 126). La cuestión también fué agitada en el período siguiente.

(3) *Bzovii*, *Annal.* ad ann. 1389, núm. 2. Cf. *Binterim*, l. c.

(4) *Horatius Turselinus*, *Lauretanae*, *Hist. lib. V*, Rom., 1597.





Por el mismo tiempo se introdujo la fiesta de la Trinidad, última de nuestro año eclesiástico, cuyo origen, muy diferente de las otras, no estriba sobre hecho histórico de especie alguna (1). Según el modo de pensar de los siglos anteriores, esta verdad fundamental del cristianismo, recibiendo una consagración suficiente todos los domingos y en cada fiesta principal del año, no necesitaba una solemnidad particular; con todo, ya desde el siglo XII se principió en algunas iglesias particulares, principalmente en Lieja y en Arles, á celebrar el misterio de la Trinidad como el complemento de las tres fiestas principales, y sobre todo de la de Pentecostes. Fué acogida por los fieles con entusiasmo siempre creciente, y el papa Juan XXII la extendió por toda la Iglesia en 1324, colocándola entre las solemnidades de segundo orden (*festum secundae classis*).

El brillo de estas diferentes solemnidades aumentó de una manera particular con los magníficos himnos que aumentaron la antigua colección, y son verdaderamente una de las grandes glorias de esos tiempos (2). Un discípulo de San Francisco, llamado Tomas de Celano, muerto en 1220, nos ha dejado el sublime canto de dolor y de horror del *Dies irae*, mientras que otro franciscano, Jacopona, que murió en 1306, disputa á Inocencio III el honor de haber compuesto el *Stabat Mater*, el más hermoso canto inspirado al hombre por el más puro y tierno dolor. De otra parte, aunque la lengua latina se conservó en la liturgia general como anteriormente, se debe á las cofradías la formación de un cuerpo de cantos religiosos en la lengua vulgar de cada país, y al lado de los himnos latinos adoptados para las grandes festividades apareció una serie de traducciones poéticas, á las que pronto siguieron producciones originales. Conviene notar, en contra de los que sólo hacen remontar á Lutero el establecimiento del canto religioso en Alemania, que exist-

(1) Baluz. *Papae Áven.* t. I, p. 177; cf. not. p. 793. *Benedict.* XIV, de *festis Christi et Mariae*, l. I, c. 13. (Op. t. X, p. 360.) *Launois*, *Hist. acad. Navar.* t. II.

(2) Cf. *Daniel*, *Thesaurus hymnologicus sive hymnorum. canticorum. sequentium circa ann. 1500 usitatarum*, etc. Hal., 1841, t. I (hymni).

ten vestigios sueltos desde el tiempo de San Bonifacio; en el siglo XII estos vestigios fueron ya más frecuentes, y un documento de 1323 pone de manifiesto que el idioma germánico estaba entonces plenamente establecido en Baviera para el servicio divino (1). Pero después que se hubo descubierto la imprenta, apareció una multitud de obras de este género, que aún poseemos. Así que las hay tres de 1494, y otras de los años 1500, 1503, 1507, 1508, 1512, 1513 y 1517, sin contar las que no llevan millar. Encuéntrase también muchos cantos religiosos publicados en las colecciones alemanas de canto llano que vieron la luz pública en Augsburgo, en Maguncia, en Basilea y Estrasburgo desde 1474. En algunas partes el pueblo obvió á la falta de libros de oraciones con el rosario, de que hemos hablado antes, y al que los dominicos aplicaron luego y extendieron todos los misterios de la redención, los fundamentos de la fe y el culto de la Virgen Santísima (2). Después, así que D. Juan de Austria ganó en Lepanto la célebre batalla contra los turcos el mismo día en que los cofrades del rosario cumplieron sus solemnes peregrinaciones y sus particulares devociones para alcanzar la protección del cielo en favor de los cristianos, el papa Pío V, que pertenecía á la orden de los frailes predicadores, instituyó la fiesta del santo rosario fijada por Gregorio XIII al primer domingo de Octubre, y Clemente XI la extendió por toda la cristiandad.

Nunca faltaron al culto público esos sermo-

(1) *Hoffmann*, *Hist. del canto de la Iglesia en Alemania*, antes de Lutero. Breslau, 1832. Cf. ann. sobre todo para la hist. del canto religioso en Alemania, *Le Catholique*, 1842, Marzo, p. 214, sig. Para la Polonia, véase *Oloff*, *Historia del canto en Polonia*, en sus *Ensayos sobre la hist. polít., ecl. y científica de la Polonia*. Danz., 1764.

(2) Esta oración está compuesta de quince decenas de *Ave Maria*, separadas cada una por un *Padre nuestro*, las que corresponden á los quince misterios de la redención, y se subdividen en tres partes. I. MISTERIOS DE GOZO, que recuerdan los puntos siguientes: 1.º Oh María, que habeis concebido del Espíritu Santo (Luc., I, 35); 2.º Oh María, que llevasteis el Salvador á casa de Elisabet (Luc., II, 7); 3.º Oh María, que habeis dado á luz al Señor (Luc., II, 7); 4.º Oh María, que le ofrecisteis en el templo (Luc., II,



nes instructivos y enérgicos que lo vivifican y hacen verdaderamente útil; y precisamente al fin de esta época, en 1503, hallamos la siguiente notable observación: «Los sermones contribuyen más que cualquiera otra cosa á la conversión del hombre; le inclinan á la penitencia, por la cual se le perdonan los pecados mortales, mientras que el sacrificio de la misa basta para borrar los veniales» (1). Entre los predicadores más célebres de estos tiempos pueden citarse Ivo de Chartres, San Bernardo, Hildeberto del Mans, Godofredo de Burdeos, Gilberto de la Porrée, Abelardo, San Buenaventura, Santo Tomas de Aquino y muchos otros escolásticos, que abandonaron las rigurosas formas de la escuela para instruir al pueblo con el lenguaje más sencillo y propio para esto. La orden de santo Domingo se pro-

22 sig.); 5.º Oh María, que le hallasteis en el Templo (Luc., II, 46).—II. LOS MISTERIOS DE DOLOR: 1.º El Señor, que sudó sangre por nosotros (Luc., XXII, 44); 2.º El Señor atado por nosotros (Mat., XXVII, 26; Marc., XV, 15; Juan, XIX, 1); 3.º El Salvador coronado de espinas por nosotros (Mat., XXVII, 29; Juan, XIX, 2); 4.º El Salvador llevando su pesada cruz por nosotros (Juan, XIX, 17); 5.º El Salvador crucificado por nosotros (Marc., XV, 34; Luc., XXIII, 33; Juan, XIX, 15).—III. LOS MISTERIOS DE GLORIA: 1.º El Salvador resucitado (Mat., XXVIII, 6; Marc., XVI, 6; Luc., XXIV, 6); 2.º El Salvador sube al cielo (Marc., XVI, 19; Luc., XXIV, 51; Actas., I, 9); 3.º La venida del Espíritu Santo (Actas., II, 1-4); 4.º La Asunción; 5.º La coronación de la Virgen por el Salvador en el cielo. Véase arriba § 201, y *Avinger*, *Manual del Rosario*. Augsb., 1843.

(1) Véase *Surgant*, *Manuale curatorum*. Por desgracia no tenemos una historia imparcial de la predicación en la edad media; pueden, sin embargo, hallarse citas muy interesantes sobre esto en las controversias teológicas de Daniel, cap. VIII, p. 73 sig. Cf. sobre todo la nota de la pág. 80 en que refuta á *Guericko*. Este había dicho: «El pobre pueblo debía contentarse con los esfuerzos que los predicadores hacen para arrancarle la risa en las fiestas de Pascua, á cuyo intento remedaban la voz de algún animal, ó apelaban á algún chiste.» Á esto contesta Daniel: «Según esto, cualquiera pensará que en esos tiempos ocurría tan á menudo lo dicho, como el que un predicador nos dese ahora la gloria eterna al fin de un sermón. Si *Guericko* quisiese enterarse de muchos sermones para la Pascua escritos en los siglos XIV y XV, pudiera facilitárselos; quizás hallaría en ellos materia para edificarse, y preguntaría si las santas solemnidades del tiempo pascual faltaban tan enteramente como él pretende.»

puso por objeto especial la elocuencia oratoria, y Juan de Vicenza la poseyó en el más alto grado hácia 1230 antes de mezclarse en ella la política. Ya antes Foulques de Neuilly había agitado todas las poblaciones francesas, y las había empeñado en hacer nuevos sacrificios para reconquistar los lugares sagrados. En las cercanías de Ratisbona, el franciscano Bertoldo, muerto en 1272, conmovió los corazones más rebeldes y despertaba en ellos el espíritu de compunción (1).

Por aquellos tiempos, no sólo hubo predicadores, sino que se dieron los más sábios consejos sobre el modo de hacer más fecundos en resultados los sermones; así que Alano de Ryssel y el abate Guiberto de Nogent redactaron 1124 tratados sobre el particular (2); y este último exige del orador sagrado una conciencia pura y una palabra enérgica y seductora, al propio tiempo que un lenguaje sencillo y familiar. Humberto de Roman, muerto en 1277, se conformó con este modelo en su obispado de Viena, y san Buenaventura procuró en su exposición histórica de la Biblia para los predicadores ignorantes (*Biblia pauperum*) destruir toda falsa tendencia del predicador, cuyo único objeto, según él, debe de ser la gloria de Dios y la salvación de los hombres. En los siglos XIV y XV hubo muchos países que parece recibieron una bendición particular bajo el punto de vista de la predicación. En Colonia y en Estrasburgo el místico Juan Taulero hizo una impresión tan profunda en el alma de su auditorio con sus discursos profundos y populares, que todos sus contemporáneos no sabían cómo describirla (3). Sin embargo, habiendo notado este orador humilde y popular que su energía en hablar y hasta su sabiduría eran un obstáculo para que la divina palabra llega-

(1) *Kling*, *Sermones del Franciscano Bertoldo*; Berlin, 1824.

(2) *Guibertus*, *Liber quo ordine sermo fieri debeat*. *Humbertus de Romanis*, de *Eruditione praedicator*, lib. II.

(3) *Sermones de J. Taulero* para todos los domingos y fiestas del año, publicados por los Protestantes *J. Arnd.* y *Jac. Spener*; nueva edición por *Kunze* y *Biesenthal*, Berlin, 1841.





se al fondo de los corazones, se apartó del púlpito por dos años, no sólo para meditar en el retiro sobre la vida del Salvador, sino también para ejercitarse en la abnegación. Mas cuando se presentó de nuevo para predicar, le fué imposible soltar una palabra, y con sus lágrimas manifestaba el profundo sentimiento de humildad que le dominaba. San Vicente Ferrer, tan indulgente y afable para con los otros como severo consigo mismo, logró la conversión de muchos herejes (1) con la perfección de su vida y con su elocuencia; además predicó con tan feliz éxito en tantas y tan diferentes naciones, que se le creyó dotado con el dón de las lenguas, y su vida angelical recordaba tan bien la de Jesús en la tierra, que los habitantes de Vannes se exclamaron á su llegada: *¡Bendito sea el que viene en nombre del Señor!*

San Juan de Capistrano ejercía en Bohemia una influencia semejante contra los hussitas (2), apelando á sus discursos latinos, que luego traducían un intérprete que le seguía en sus excursiones. Por su parte Jerónimo Savonarola (3) conmovía los corazones con una elocuencia popular, llena de imágenes y expresiones sacadas del Apocalipsis. También Gailer de Kaisersberg, muerto en 1510, no sólo llamaba á las almas á la vida interior, si que también atacaba con vigor las locuras mundanas y los abusos de la Iglesia, sobre todo en sus discursos satíricos contra el famoso navío de los locos de Brand (4). Un monje napolitano, llamado Ga-

(1) Heller, san Vicente Ferrer, según su vida y sus obras; Berlín, 1830.

(2) Véase su primera biografía por P. Sedulius (Historia Seraphica); y luego Wadding, en sus Ann. ord. Minor., apoyados con muchos documentos: Capistranus triumphans, sive Historia fundamental, de sancto J. Capistrano, etc., auctore P. F. Amand. Herman, ord. Minor. strictae observ. Col., 1700.

(3) La lista de sus sermones se encuentra en Meier. l. c. p. 393 sq.; sus obras más notables son: In Oratione Domini expositio quadruplex. Par., 1517. Compendio de la revelación. Firenze, 1495, en 4.º, y Flor. y Par., 1496, en 4.º; de Simplicitate vitae chr. Flor. 1496, in 4; Triumphus crucis, sive de Veritate Fidei. Flor., 1497, in 4.

(4) Espejo del mundo, ó sermones sobre el navío de los locos de Sebast. Brand. Basilea, 1574. Cf. Ammon, Vida, sermones y escritos de Gailer, Erlang., 1826.

bríel Barletta, que vivía sobre el 1470, llevó este género de predicación hasta el exceso (1). Finalmente, á pesar de muchos defectos en la forma, los sermones alemanes de Pelbart (2), franciscano, tuvieron (1500) la virtud de conmover los corazones.

Hemos manifestado en conjunto que durante esta época el culto adquirió un carácter más digno y solemne, gracias sobre todo á los soberbios monumentos levantados en los siglos XIII y XIV y al perfeccionamiento de todos los ramos del arte, que, nacido á su vez del espíritu fecundo que anima á la Iglesia, merecemos detengamos en él por un instante.

La escolástica en sus nobles especulaciones, y la mística por su tendencia práctica que se llevó á cabo en el arte, contribuyeron ambas á acercar en cierta manera el cristianismo al hombre y á hacérselo comprender mejor. Efectivamente, cuando se presenta la verdad desnuda y despojada de toda belleza sensible por el pensamiento, siendo de otra parte abstracta por la naturaleza, espanta y aleja al hombre que más vive por los sentidos que por el espíritu, más va en pos de ella, y se la entrega de corazón y con sus sentidos cuando, guardando su noble sencillez, se presenta con las formas variadas y seductoras del arte. En este caso, siendo dueña de su corazón, lo es de su vida, porque todas las fuerzas sensibles y espirituales del hombre parten y se concentran en el corazón, y en este fondo misterioso toman su savia y cualidades. Los símbolos á la par graciosos y magníficos, bajo los cuales el arte cristiano descubría á la vista las verdades dogmáticas, las formas vivas que tomaba de la naturaleza y de la historia para en cierta manera hacer palpables las ideas religiosas, llamaban la atención de los espíritus, y producían un cierto efecto mágico sobre los corazones más rebeldes.

Así es como la Iglesia católica, servida á la vez por la ciencia y por el arte, supo corres-

(1) Serm. quadragesimi. Bresc. Ven., 1577, 2 vol.

(2) Cf. Ammon, Hist. de la homilética, t. I, p. 353 sig. y el magnífico sermón sobre el Viernes Santo, que se halla en el extracto de Daniel, l. c. p. 81-87.



ponder con una inagotable fecundidad á todas las necesidades del hombre, á las exigencias más variadas de su inteligencia, de su imaginación, de su corazón y de sus sentidos. Este maravilloso poder se manifestó sobre todo en la época en que la arquitectura neo-germánica, llamada gótica desde Vasari, reemplazó en la construcción de las iglesias al estilo bizantino, usado hasta entonces. El arte gótico se extendió por Alemania, Francia, Inglaterra, España y Sicilia, y no fué admitido en Italia, por hallarse acostumbrada al espectáculo de las construcciones romanas. Así la arquitectura gótica como la de Roma parecen haberse refundido en la catedral de Milán, que presenta los extremos límites de ambas.

La ojiva, que caracteriza el arte gótico, es en cierta manera el símbolo del pensamiento cristiano, aspirando hácia el cielo, llevando la esperanza más allá del sepulcro, ó sea hácia Jerusalén eterna (1). Las altas torres, construidas en otro tiempo para colocar las campanas, aisladas de lo restante del edificio, fueron en lo sucesivo asociadas al todo; y por una feliz inspiración fueron en cierto modo el punto culminante y la llave de la bóveda. En su disposición general, la basílica, templo de Dios vivo, teniendo que descansar sobre el cimiento de los Apóstoles y de los Profetas, y estar apoyada en Cristo, piedra angular, presentaba la forma de la cruz, símbolo y resumen de toda la religión, y tenía una división cuadrangular entre el coro y la nave en memoria de los cuatro Evangelistas, mientras que la bóveda ordinariamente descansaba sobre doce columnas en honor á los doce Apóstoles. Las paredes, adornadas con esculturas caladas, se redondeaban á manera de arcos, y se ensanchaban imitando botones de flores, ramas de todo género y plantas de mil formas (2). Se daba preferencia á los símbolos

(1) Wiegmann, Del origen de la Ojiva, Dusseld., 1842. Pugin, the True Principles of pointed or christian architecture, Lond., 1841. Cf. la hoja semanal de literatura catól., 1841, núm. 32.

(2) Metzger, Adornos de origen germánico para servir en el arte plástico y en la pintura, Munich, 1841. Cf. También algunos ensayos del profesor Kreuser en la Gaceta de Colonia, 1842, núm. 44.

tomados del reino vegetal, porque las plantas parece que desean abandonar el suelo para marcharse hácia el cielo, mientras que los cuadrúpedos van con la cabeza inclinada á tierra. En esta preferencia, los pueblos germánicos obedecían, sin saberlo, al profundo sentimiento de la naturaleza que los distingue, y á los recuerdos de esos bosques sagrados que sus antepasados veneraban. Á pesar de todo esto, los animales no faltan absolutamente en el conjunto del sistema: así que al lado de la vid aparece el león, símbolo admirable de la fe; cerca de la rosa hallamos el pelícano y la tórtola, representando la caridad y la misericordia; también vemos la hiedra y el perro que nos recuerda la fidelidad, y en otras partes se nos presentan dragones terribles y reptiles extraños, imágenes del demonio vencido. El mismo pavimento del templo queda animado con la figura de los delfines y de los monstruos que pueblan el Océano. En seguida, como fuera de su seno, hay coros, capillas, imágenes de la tierra firme, cubiertas por una doble línea de columnas á manera de otras tantas islas, y en sus cimas el cielo extiende su inmensa bóveda estrellada. Aquí se hallan reunidas las tres grandes divisiones de la naturaleza, á saber: el cielo, la tierra y el océano, y la historia en su sentido más espiritual; y en este mundo rejuvenecido habita el espíritu viviente de Cristo, el cual alternativamente se manifiesta por los Sacramentos, las súplicas y los himnos religiosos. El mismo sentimiento profundo y la misma inteligencia se ve en la disposición de la multitud de estatuas colocadas al interior y exterior de las basílicas. Sobre la puerta principal hay los príncipes de la Iglesia, los fundadores y benefactores de la diócesis, y también los soberanos, que reputaron que su primera obligación era sostener el cristianismo, los cuales ven que las generaciones van pasando y penetrando unas después de otras en el templo de la paz y de la salvación; en el pórtico los mártires, obispos y vírgenes, que son la gloria de la Iglesia universal ó el orgullo de las iglesias particulares, recuerdan los frutos de gracia que maduran permaneciendo mucho tiempo en esta santa morada; á lo alto de la bóveda se ven aquellos cuya voz se ha oído en